

Seix Barral Biblioteca Formentor



**Colum McCann**

Transatlántico





**Seix Barral** Biblioteca Formentor

---

# **Colum McCann**

## **Transatlántico**

Traducción del inglés por Marta Alcaraz

---

1919

### LA SOMBRA DE LAS NUBES

Era un bombardero modificado. Un Vickers Vimy, todo madera y lino y cables de acero. Era chaparro y pesado, pero a Alcock seguía pareciéndole una pequeña centella. Cada vez que subía a bordo le daba unas palmatitas antes de deslizarse en la cabina al lado de Brown. Un suave movimiento del cuerpo. Mano en el mando de gases, pies en el timón de cola, y ya se sentía en el aire.

Lo que más le gustaba era elevarse sobre las nubes para volar a la clara luz del día. Podía asomarse por uno de los costados para ver la sombra veloz sobre el blanco a sus pies, expandiéndose y contrayéndose sobre la superficie de las nubes.

Brown, el navegante, era más reservado: tanto alboroto lo incomodaba. Se sentaba en el asiento del copiloto, echado hacia adelante y atento a las pistas que el motor pudiera ofrecer. Aunque era capaz de adivinar las condiciones del viento, prefería encomendarse a aquello que podía tocar: las brújulas, las cartas de navegación, el nivel a sus pies.

---

A esas alturas del siglo, la idea del caballero estaba a punto de quedarse en leyenda. La Gran Guerra había dejado el mundo en estado de *shock*. Las rotativas despachaban la insoportable noticia de dieciséis millones de muertos. Europa era un crisol de huesos.

Alcock había pilotado aviones de combate de cuyos trenes de aterrizaje escapaban pequeñas bombas. Esa súbita ligereza del motor, el puntapié que lo enviaba noche arriba. Él se asomaba por la cabina descubierta para observar la seta de humo que ascendía a sus pies. El avión se enderezaba y viraba de vuelta a casa. En momentos como aquéllos, Alcock ansiaba el anonimato. Volaba a oscuras con el avión expuesto a las estrellas. Y entonces aparecía el aeródromo, con su alambrada iluminada como el altar de una iglesia extraña.

Brown había hecho varios reconocimientos. Tenía las matemáticas del vuelo por la mano. Era capaz de transformar cualquier cielo en una serie de números. No dejaba de calcular ni en tierra firme, donde trataba de ingeniar nuevos modos de guiar los aviones en el vuelo de regreso.

Los dos sabían exactamente qué significa que te derriben.

A Jack Alcock lo habían alcanzado los turcos mientras efectuaba un bombardeo de largo alcance sobre la bahía de Suvla; le llenaron el avión de agujeros de fuego de ametralladora y derribaron la hélice de babor. Alcock hizo un amerizaje forzoso junto con los dos hombres de su tripulación, y todos nadaron hasta la orilla. Caminaron desnudos hasta el lugar en el que los turcos habían dispuesto filas de celdas de madera para los prisioneros

---

de guerra. A la intemperie. Como a su lado había un galés que tenía un planisferio celeste, Alcock pudo orientarse bajo la claveteada noche turca: una mirada al firmamento le bastaba para adivinar la hora que era. Con todo, lo que a Alcock le gustaba, más que cualquier cosa, era enredar con un motor. Cuando lo trasladaron al campo de prisioneros de Kedos, cambió su chocolatina de la Cruz Roja por una dínamo y su champú por piezas de un tractor, y se hizo unos ventiladores precarios con restos de alambre, bambú, tuercas y pilas.

A Teddy Brown también lo hicieron prisionero de guerra tras un aterrizaje en Francia en el transcurso de un vuelo de reconocimiento fotográfico. Una bala le destrozó la pierna y otra perforó el depósito de gasolina. Mientras se precipitaban al vacío, se deshizo de la cámara, rompió las cartas de navegación y diseminó bien los pedacitos. Él y su piloto lograron aterrizar el biplaza B. E. 2c en un campo de trigo lleno de barro, rompieron el motor y levantaron las manos. El enemigo salió corriendo del bosque hacia el avión accidentado para llevárselos. Brown olía la gasolina que escapaba del depósito. Uno de los *kartoffels* sujetaba un cigarrillo en los labios. La reserva de Brown era célebre. «¡Disculpe! —gritó, pero el alemán, con el cigarrillo encendido, no se detenía—. *Nein, nein.*» De la boca del alemán salió una nube de humo. Finalmente, el piloto de Brown levantó las manos y bramó: «¡Alto, me cago en todo!»

El alemán interrumpió el paso, inclinó la cabeza hacia atrás, se quedó parado, se tragó el cigarrillo encendido y echó a correr hacia los aviadores.

Veinte años más tarde, Buster, el hijo de Brown, se reiría al oír la anécdota justo antes de ir, él también, a la guerra. «Disculpe. *Nein, nein.*» Como si el alemán única-

---

mente llevara el faldón de la camisa por fuera o el nudo de los zapatos mal hecho.

A Brown lo enviaron a Inglaterra antes del armisticio, y luego perdió el sombrero cuando lo echó a volar por Piccadilly Circus. Las chicas llevaban pintalabios rojo. El dobladillo de las faldas les llegaba ya casi a la rodilla. Se puso a caminar por la orilla del Támesis hasta que el río empezó a ascender poco a poco hasta el cielo.

Alcock no pudo volver a Londres hasta diciembre. Vio a hombres con traje negro y bombín abrirse paso entre los escombros. Se unió a un partido de fútbol en un callejón que daba a Pimlico Road, dándole patadas arriba y abajo a un cuero de cerdo. Pero ya se sentía remontar. Encendió un cigarrillo y vio las virutas de humo elevarse y perderse a lo lejos.

Cuando en 1919 se vieron por primera vez en la fábrica de Vickers, en Brooklands, bastó una mirada para que Alcock y Brown convinieran al instante en que los dos necesitaban empezar de cero. Sofocar la memoria. Crear un nuevo momento, en bruto, dinámico, libre de guerra. Como si quisieran coger sus envejecidos cuerpos para meterles dentro un corazón más joven. No querían recordar las bombas que habían esquivado ni los accidentes ni las quemaduras ni las celdas en las que los habían encerrado ni los abismos que habían visto en la oscuridad.

Se dedicaron, en cambio, a hablar del Vickers Vimy. Una pequeña centella.

---

Había viento del oeste, soplabá de Terranova abriéndose paso enérgico y veloz por el Atlántico. Dos mil novecientos kilómetros de océano.

Los hombres llegaron en barco de Inglaterra, alquilaron unas habitaciones en el Cochrane y esperaron a que el Vimy atracara en los muelles. Llegó embalado en cuarenta y siete cajas de madera enormes. A finales de primavera. Con una puñalada helada en el aire. Alcock y Brown contrataron a una cuadrilla para cargar las cajas desde el puerto. Las amarraron a caballos y carros, y ensamblaron el avión en el prado.

El prado estaba a las afueras de San Juan de Terranova, en una especie de colina cuya cima se extendía en una superficie llana de doscientos setenta y cinco metros con una ciénaga en uno de sus extremos y un pinar en el otro. Días de sopletes y soldaduras, de lijas y de puntadas. La carga de bombas se reemplazó por depósitos de combustible adicionales. Aquello era lo que más le gustaba a Brown. Estaban usando el bombardero de un modo totalmente nuevo: extirpando la guerra del biplano, despojándolo de esa apatencia suya por las carnicerías.

Para nivelar el prado usaron detonadores, volaron rocas con dinamita, demolieron cercos y tapias y apisonaron montículos. Era verano, pero el aire seguía fresco. Bandadas de pájaros surcaban el cielo con soltura.

Al cabo de catorce días, la pista ya estaba preparada. Para la mayoría de la gente no era sino un trecho de tierra más, pero para los dos pilotos era un aeródromo fabuloso. Caminaban por la pista de aterrizaje de hierba, observaban la brisa en los árboles, examinaban las condiciones meteorológicas en busca de pistas.

---

Multitud de espectadores habían acudido al lugar para ver el Vimy. Muchos de los presentes no se habían acercado jamás a un automóvil, y mucho menos a un avión. De lejos parecía que le hubiera tomado prestado el perfil a una libélula. Tenía una longitud de trece metros, una envergadura de veinte y una altura de cuatro y medio. Pesaba cinco mil novecientos kilos, contando la carga de tres mil trescientos litros de gasolina y ciento cincuenta de aceite. Cinco kilos por metro cuadrado. El almacén de tela tenía miles de puntadas. El espacio para las bombas lo ocupaba ahora el combustible para treinta horas de vuelo. Alcanzaba una velocidad máxima de ciento sesenta y seis kilómetros por hora a la que cabría añadir los efectos del viento, aunque la velocidad de crucero era de ciento cuarenta y cinco kilómetros por hora, y aterrizaba a setenta y dos kilómetros por hora. Cada uno de los motores —Rolls-Royce Eagle VIII de trescientos sesenta caballos refrigerados con agua, doce cilindros en V y una velocidad de rotación de mil ochenta revoluciones por minuto— propulsaba una hélice de madera de cuatro palas.

Los curiosos pasaban la mano por la riostra, daban golpecitos al acero, pinchaban el tenso lino de las alas con el paraguas. Los niños escribían su nombre en la parte inferior del fuselaje con lápices de colores.

Los fotógrafos cubrían el objetivo con capuchas negras. Alcock posaba para la cámara, se llevaba la mano a los ojos para protegérselos, igual que un antiguo explorador. «¡A la caza!», gritó antes de saltar los casi tres metros que lo separaban de la hierba húmeda que tenía debajo.

Todo era ya posible, decían los periódicos. El mundo se había vuelto pequeño: la Sociedad de Naciones nacía en



---

París, W. E. B. Du Bois había convocado el Congreso Panafricano con delegados de quince países, en Roma sonaban discos de jazz, y los radioaficionados usaban tubos de vacío para transmitir señales a cientos de kilómetros. Iba a ser posible leer la edición del día del *San Francisco Examiner* en Edimburgo, Salzburgo, Sídney o Estocolmo.

En Londres, lord Northcliffe, del *Daily Mail*, había ofrecido diez mil libras esterlinas a los primeros hombres que consiguieran aterrizar en un lado u otro del Atlántico. Al menos cuatro equipos quisieron hacer la intentona. Hawker y Grieve casi se estrellan contra el agua. Otros, como Brackley y Kerr, fueron apostándose en aeródromos situados a lo largo de la costa, esperando a que el tiempo cambiara. El vuelo debía realizarse en setenta y dos horas. Sin parar.

Corría la especie de que un texano rico quería intentarlo, y un príncipe húngaro, y, lo peor de todo, un alemán de la *Lufstreitkräfte* que durante la guerra se había especializado en bombardeos de largo alcance.

Decían que al jefe de la sección de crónicas del *Daily Mail* la posibilidad de una victoria alemana le había provocado una úlcera.

—¡Un *kartoffel*! ¡Un maldito *kartoffel*! ¡Dios nos libre!

Envió a sus reporteros a descubrir si sería posible que, aun tras la derrota, el alemán les llevara la delantera.

En Fleet Street, lord Northcliffe no paraba de dar vueltas ante la linotipia, arriba y abajo, haciendo y rehaciendo posibles titulares. En el forro de la chaqueta llevaba una Union Jack que su esposa le había bordado y que frotaba como si de un pañito de oración se tratara.

—Vamos, chicos —masculló—. ¡Arriba! A ponerse en marcha tocan, de vuelta a casita.

---

Los dos aviadores se despertaban todas las mañanas en el hotel Cochrane y desayunaban gachas, huevos, beicon y tostadas. Luego cogían el coche y, saliendo de Forest Road, subían las empinadas cuestas hacia un prado de hierba escarchado. Del mar llegaban ráfagas heladas. Habían equipado el traje de vuelo con cables conectados a una batería —así podrían calentarse—, y habían revestido con pieles el interior del casco, los guantes y las botas.

Pasó una semana. Pasaron dos. Las condiciones climáticas los retenían. Nubes. Tormentas. Pronósticos. Cada mañana, los hombres se preocupaban de ir perfectamente afeitados, ritual que tenía lugar en un extremo del campo. Disponían una palangana de acero bajo un toldo de lona con un hornillo de gas con el que calentar el agua. Un tapacubos metálico hacía las veces de espejo. Habían incluido cuchillas de afeitar en el botiquín de viaje para cuando aterrizaran: querían asegurarse de que, si lograban llegar a Irlanda, lo harían como súbditos del Imperio limpios, presentables y decentemente afeitados.

Durante esas tardes de junio cada vez más largas, se arreglaban la corbata y, sentados bajo las alas del Vimy, se dirigían con gran elocuencia a los reporteros canadienses, estadounidenses y británicos congregados con ocasión del vuelo.

Alcock tenía veintiséis años. Nacido en Mánchester. Delgado, guapo, audaz, de esos hombres que, aun manteniendo la vista al frente, eran capaces de echarse a reír. Una mata pelirroja en la cabeza. Estaba soltero, y decía que, por mucho que le gustaran las mujeres, prefería los motores. Con nada disfrutaba tanto como desmontando un motor de Rolls-Royce para volver a montarlo luego.

---

Compartía sus sándwiches con los periodistas: en el pan se apreciaban a menudo huellas de aceite.

Brown se sentaba en las cajas de madera, al lado de Alcock. A los treinta y dos ya parecía viejo. La pierna inútil le obligaba a llevar bastón. Había nacido en Escocia, pero se había criado cerca de Mánchester. De padres norteamericanos, tenía un ligero acento yanqui que se esmeraba por cultivar. Se consideraba un hombre de mitad del Atlántico. Había leído las comedias antibélicas de Aristófanes y no le hacía ascos a la idea de vivir felizmente sin parar de volar. Aunque vivía solo, no disfrutaba de la soledad. Había quien decía que parecía un vicario, pero en sus ojos resplandecía un azul lejano, y acababa de comprometerse con una joven belleza de Londres. En las cartas de amor que le escribía a Kathleen le decía que no le importaría lanzar el bastón hacia las estrellas.

—Válgame Dios —dijo Alcock—, ¿de verdad se lo has dicho?

—Sí, sí.

—¿Y ella qué te ha respondido?

—Que me deshiciera de él.

—¡Ah! Está loca por ti.

En las ruedas de prensa, las riendas las tomaba Alcock. Brown lo asistía en silencio jugueteando con el alfiler de su corbata. Llevaba una botellita de brandy en el bolsillo interior de la chaqueta. De vez en cuando se volvía, se abría la solapa de la guerrera y daba un sorbo.

Alcock también bebía, pero lo hacía de un modo público, llamativo, jubiloso. Se apoyaba en la barra del hotel Cochrane y arrancaba a cantar *Rule, Britannia* con una voz desafinada en la que se adivinaba el capricho.

Los lugareños —pescadores, en su mayor parte, y algún leñador— golpeaban las mesas de madera y cantaban

---

canciones sobre los amigos que habían perdido en el mar.

Los cantos se prolongaban hasta muy entrada la noche, hasta mucho después de que Alcock y Brown se hubieran acostado. Hasta la tercera planta les llegaba esa cadencia triste que rompía en olas de carcajadas, y todavía más tarde se oía el *ragtime* que alguien aporreaba al piano, el *Maple Leaf Rag*.

*¡Ahueca el ala, fulano!  
El país voy a hechizar,  
el mundo yo haré temblar  
con el Maple Leaf Rag.*

Alcock y Brown se levantaban al amanecer y esperaban a que aclarara. Miraban hacia el cielo. Paseaban por la pista. Jugaban al rummy. Esperaban un poco más. Necesitaban un día cálido, una luna generosa y unos vientos propicios. Calcularon que podrían completar el vuelo en menos de veinte horas. El fracaso no les daba miedo, pero Brown había redactado en secreto un testamento dejándole todas sus posesiones a Kathleen y llevaba el sobre metido en el bolsillo interior de la guerrera.

Alcock no se había molestado en hacer testamento. A él, que no había olvidado los horrores de la guerra, el simple hecho de levantarse por la mañana le producía de vez en cuando auténtico asombro.

—A estas alturas ya nada me importa un carajo, ¿con qué más iba a tener que vérmelas? —Dio unas palmaditas en un costado del Vimy y les echó una mirada a las nubes que se formaban a lo lejos, al oeste—. Con esta condenada lluvia, eso sí.

---

Basta mirar hacia abajo para divisar una fila de chimeneas y muros y agujas, el viento que peina la hierba y la convierte en olas de plata, ríos que desbordan diques, dos caballos blancos que galopan libres en un prado, las largas bufandas de asfalto que se desvanecen convertidas en caminos de tierra: bosques, monte bajo, establos, tene-rías, astilleros, chozas de pescadores, secaderos de bacalao, Commonwealth, estamos flotando en un mar de adrenalina y... ¡Mira! Teddy, ahí abajo, un bote de remos en la corriente y una manta en la arena, y una muchacha con cubo y pala, y la mujer que se arremanga la falda y, más allá, mira a ese jovencito del jersey rojo que corre por la orilla con el burro, vamos, demos una vuelta más, hagamos un poco de sombra, que disfrute el chico...

La noche del 12 de junio salen en otro vuelo de prácticas, éste nocturno, para que Brown se familiarice con las líneas de Sumner. Tres mil trescientos cincuenta metros. Cabina descubierta. Hace un frío atroz. Los hombres se agachan tras el parabrisas. Hasta se les hiela la punta del pelo.

Alcock trata de sentir el avión, cuánto pesa, cómo cae, dónde tiene el centro de gravedad, mientras Brown se concentra en sus cálculos. Abajo, los reporteros esperan el regreso del avión. Velas metidas en bolsas de papel marrón flanquean el prado y lo convierten en una pista de aterrizaje. Cuando el Vimy toca tierra, las velas salen volando y empiezan a arder sobre la hierba. Cargados con cubos, los chicos del lugar salen corriendo a sofocar las llamas.

Los aviadores descienden del biplano entre aplausos dispersos. Les sorprende descubrir que una reportera del lugar, Emily Ehrlich, es la más seria de todos. En vez de

---

hacer preguntas, anda por ahí con gorro y guantes de lana tomando apuntes en su cuaderno. Es baja y anticuadamente corpulenta. Rondará los cuarenta, los cincuenta, quizá. Camina con brío por el aeródromo embarrado. Con un bastón de madera. Tiene los tobillos hinchadísimos. Parece la típica mujer que uno esperaría ver trabajando en una pastelería o tras el mostrador de una tienda de pueblo, pero es de pluma afilada, y ellos lo saben. La han visto en el hotel Cochrane, donde lleva años viviendo con su hija Lottie. La joven, de diecisiete años, empuña una cámara fotográfica con estilo y soltura asombrosos, flirteando. A diferencia de su madre, es alta, delgada, alegre, curiosa. A la mínima suelta una carcajada y le susurra a su madre al oído. Un equipo curioso. La madre se queda callada; la hija hace las fotos y las preguntas. Los demás reporteros están furiosos, una jovencita en su territorio, pero las preguntas que hace son agudas y rápidas. «¿Qué presión puede soportar el tejido? ¿Qué se siente al ver el mar desaparecer bajo los pies? ¿Tiene usted en Londres alguna enamorada que lo espere, señor Alcock?» Al caer la tarde, madre e hija suelen cruzar los campos a grandes zancadas, Emily rumbo a su habitación en el hotel, donde se queda escribiendo sus crónicas, y Lottie hacia las canchas de tenis, donde pasa horas jugando.

El nombre de Emily encabeza la edición del jueves del *Evening Telegram*, casi siempre acompañado de alguna de las fotos que hace su hija. Una vez a la semana cubre la noticia que se le antoje: accidentes de pesca, disputas locales, opinión política, la industria maderera, las sufragistas, los horrores de la guerra. Es célebre por sus salidas extemporáneas. Una vez, en mitad de un artículo sobre los sindicatos del lugar, le había dedicado doscientas palabras a la receta del bizcocho de cuatro cuartos. En otra

---

ocasión, en un análisis del discurso del gobernador de Terranova, había terminado divagando sobre el sutil arte de conservar el hielo.

No les conviene bajar la guardia, les dicen a Alcock y Brown, madre e hija son famosas por su propensión a la nostalgia y a esos arranques de mal genio tan irlandeses. Pero les tienen simpatía, tanto a Emily como a Lottie, les gusta el toque excéntrico que aportan al gentío, los sombreros raros de la madre, sus vestidos largos, sus intrigantes silencios, el paso rápido y decidido de la hija al recorrer la cancha con la raqueta de tenis golpeando contra la pantorrilla.

Además, Brown ha visto las crónicas de Emily en el *Evening Telegram* y son de lo mejor que ha leído. «Hoy el cielo no ha hecho acto de presencia sobre Signal Hill. El repiqueteo de los martillazos llena el aeródromo como el sonido de muchas campanas. El sol se pone, cada noche un poco más parecido a la luna.»

La salida está prevista para el viernes 13. Así burlan la muerte los aviadores: con un desafío a los días infaustos.

Las brújulas están bien compensadas, y los cálculos de las tablas de estima, listos; tienen la radio a punto, y los amortiguadores, ajustados a los ejes; han barnizado las costillas, el revestimiento de la tela está seco, y el radiador, purgado. Los remaches, las puntadas y las chavetas, repasados y vueltos a reparar. La palanca de la bomba. Los imanes. Las baterías para calentar los trajes de vuelo. Tienen los zapatos enlustrados, y los termos Ferrostat con Oxo y té caliente, listos. Los sándwiches, primorosamente cortados, ya están envueltos y guardados.

Van marcando las listas muy detenidamente. Leche

---

malteada Horlicks. Tabletas de chocolate Fry. Cuatro barritas de regaliz para cada uno. Una botellita de brandy para las emergencias. Pasan por el forro de piel de los cascos un poco de brezo blanco, les traerá buena suerte, y se llevan dos peluches —dos gatos negros—, uno metido en el foso, bajo el parabrisas, y el otro atado a una riostra de detrás de la cabina.

Y entonces las nubes aparecen entre reverencias, la lluvia se arrodilla sobre la tierra y el tiempo los retiene otro día y medio.

En la oficina de correos de San Juan, Lottie Ehrlich esquiva la celda que las sombras dibujan sobre el suelo y se acerca a la ventana enrejada; tras ésta, el encargado se levanta la visera negra para mirarla. Desliza el sobre cerrado por el mostrador.

Pide un John Cabot —un sello de quince céntimos—, y le dice al encargado que se lo sobrecargue con un dólar para que salga con el correo aéreo transatlántico.

—Vaya —responde el encargado—, ya no me quedan, señorita. Ninguno. Llevan tiempo agotados.

Brown pasa buena parte de sus veladas en el vestíbulo del hotel, situado en la planta baja, enviándole mensajes a Kathleen. Se muestra prudente en sus telegramas, sabedor de que sus palabras podrían leerlas otros. Tiene un nosequé ceremonioso. Tenso.

Al subir la escalera, algo lentamente para sus treinta años, clava el bastón con fuerza en el suelo. Lleva tres brandis encima.

Algo altera la luz que atraviesa la barandilla, y alcanza



---

a ver a Lottie Ehrlich en el recargado espejo de madera de lo alto de la escalera. Fantasmagórica durante unos instantes, la figura de la joven emerge en el espejo cada vez más nítida y más alta, pelirroja. Lleva camisa de dormir y bata y zapatillas. Cada uno asusta un poco al otro.

—Buenas noches —la saluda Brown arrastrando un poco las palabras.

—Leche caliente —dice la joven.

—¿Disculpe?

—Le llevo leche caliente a mi madre. No puede dormir.

Tiene las mejillas de un colorado encendido, le habrá entrado apuro al verse sorprendida en el pasillo en bata, piensa Brown, que vuelve a llevarse la mano a su sombrero inexistente y, empujando el dolor pierna arriba, sube otros tres peldaños con el brandy agujijoneándole la cabeza. Ella se detiene a dos peldaños de él y dice con más formalidad de la requerida:

—Señor Brown...

—Dígame, señorita.

—¿Está listo para la unificación de los continentes?

—Francamente —responde Brown—, para empezar me conformaría con una buena línea de teléfonos.

Ella baja otro peldaño y se lleva la mano a la boca como si fuera a toser. Eleva más un ojo que el otro, como si una pregunta tozuda llevara tiempo alojada en su cerebro.

—Señor Brown...

—¿Señorita Ehrlich...?

—¿Lo pondría en un compromiso?

Lottie baja los ojos al suelo en un parpadeo fugaz. Se detiene como si en la punta de la lengua sostuviera unas palabras perdidas, unas cositas de nada incapaces de fluir que ella se ve incapaz de expulsar. Se queda parada

---

columpiándolas, preguntándose si terminarán por caer. Brown supone que, igual que al resto de los vecinos de San Juan, a ella también le gustaría poder sentarse en la cabina durante otro vuelo de prácticas. Imposible, por supuesto, no pueden llevar a nadie en sus salidas, y mucho menos a una jovencita. Ni siquiera dejan que los reporteros se suban al avión cuando está parado en la pista. Es un ritual, una superstición, no puede hacer nada al respecto y se pregunta cómo se lo hará entender, se siente atrapado, víctima de esos paseos que da a altas horas de la noche.

—¿Lo pondría en un compromiso si le diera algo?  
—pregunta Lottie.

—Por supuesto que no.

Toma la escalera y corre por el pasillo hasta su habitación. Su cuerpo joven moviéndose bajo el blanco de la bata.

Brown achica los ojos, se rasca la frente, espera. ¿Algún amuleto? ¿Un recuerdo, quizá? Animarla a que hablara ha sido una tontería. Tendría que haberse negado. Haber pasado de largo. Haber ido derecho a su habitación. Haberse esfumado.

Lottie aparece al final del pasillo, avanza ligera y decidida. La bata deja a la vista un triángulo de piel blanca del cuello. A Brown lo asalta el deseo repentino y agudo de ver a Kathleen, y se alegra de ese deseo y de lo errático de ese instante y de esa extraña escalera sinuosa y de ese hotel remoto y del brandy con el que se ha excedido. Echa de menos a su prometida, ni más ni menos. Le gustaría estar en casa. Acurrucarse contra su cuerpo esbelto y contemplar su pelo, que siempre se le desliza por la clavícula.

Se agarra a la barandilla con demasiada fuerza al ver que Lottie se le acerca. Lleva un papel en la mano izquier-

---

da. Se lo tiende. Una carta. Eso es todo. Una carta. Le echa un vistazo. Está dirigida a una familia de Cork. De Brown Street, precisamente.

—Es de mi madre.

—¿Ah, sí?

—¿Podría ir en la saca del correo?

—No es ningún compromiso, en absoluto —dice Brown, y se da media vuelta otra vez metiéndose la carta en el bolsillo interior de la guerrera.

Por la mañana, los dos se quedan mirando a Lottie, que sale de la cocina del hotel con el moño pelirrojo torcido y el cuello de la bata cerrado hasta arriba, bien ajustado. Lleva una bandeja de sándwiches envueltos en papel.

—Sándwiches de jamón —anuncia victoriosa mientras los deja delante de Brown—. Los he preparado especialmente para usted.

—Muchas gracias, señorita.

Cruza el restaurante moviendo la mano sobre el hombro, despidiéndose mientras se aleja.

—¿La hija de la reportera?

—La misma.

—Están un poco chifladas, ¿no? —dice Alcock poniéndose la cazadora mientras mira la niebla por la ventana.

Del oeste llega un ventarrón que sopla con rachas irregulares. Llevan ya medio día de retraso, pero ha llegado la hora: se ha levantado la niebla y los pronósticos del tiempo a largo plazo son buenos. Despejado. El cielo se diría pintado. Hay vientos fuertes, pero es probable que amainen hasta

---

los treinta y siete kilómetros por hora. Más tarde brillará la luna. Suben al avión entre vítores tímidos, se abrochan los cinturones y vuelven a revisar sus instrumentos. El motor de arranque los saluda brevemente. ¡Contacto! Alcock abre el mando de gases y pone los motores a plena potencia. Con gestos, pide que retiren las calzas de madera de las ruedas. El mecánico se inclina, se agacha bajo las alas, sujeta las calzas en la axila, con los brazos, da unos pasos atrás y las arroja a un lado. Levanta los dos brazos en el aire. Los motores escupen humo. Las hélices giran. El Vimy se encara al vendaval. Lo toma ligeramente ladeado. Cuesta arriba. ¡Ahora! ¡Adelante! El olor del aceite que se calienta, el increíble rugido. A lo lejos se elevan los árboles. En un extremo, apartado, un canal de drenaje los amenaza. No dicen nada. Ni «Diantre» ni «No es hora de encogerse, muchacho». Se mueven despacio, avanzan torpemente contra el viento. Adelante, el peso del biplano está ahí, muy preocupante: más lento que nunca. Pendiente arriba. Hoy está pesado, carga demasiado combustible. Noventa metros, ciento diez, ciento cincuenta. Avanzan demasiado despacio, como abriéndose paso entre gelatina. La cabina entera está en tensión. El sudor se les acumula en las corvas. Los motores golpetean con fuerza, la punta de las alas se dobla. La hierba a sus pies se inclina y se desgarran. Ruedan por la pista dando botes. Doscientos treinta metros. El biplano se eleva un poco y vuelve a lanzar un suspiro al rozar el suelo. Dios santo, Jackie, levántalo ya. La fila de pinos oscuros al fondo del aeródromo se aproxima, y más cerca, más todavía. ¿Cuántos hombres han perdido la vida de este modo? Tú aguántalo, Jackie. A la izquierda, vira. Para. Ahora. Doscientos setenta y cinco metros. Por Dios bendito. Un golpe de viento levanta el ala izquierda y se inclinan muy ligeramente a la derecha. Y luego la notan: la vaharada de aire

---

frío en el estómago. ¡Estamos en el aire, Teddy, estamos en el aire! ¡Mira! Una tímida inclinación, un ligerísimo impulso del espíritu, y el avión ya se eleva unos metros en el aire con el morro hacia arriba y el viento silbando entre los montantes. ¿Cuánto medirán esos árboles? ¿Cuántos hombres han perdido la vida? ¿Cuántos habremos caído? Brown convierte los pinos en ruido. La bofetada de la corteza. La maraña de los tallos. El crepitar de las ramitas. La colisión. Arriba, arriba. El miedo todavía le agarrota la garganta. Se levantan un poco del asiento, como queriendo aflojar el peso del avión que tienen debajo. Más arriba. Tras los árboles, el cielo es un océano. Arriba, Jackie, arriba, por lo que más quieras, levántalo. Mira, los árboles. Ya están aquí. Las bufandas son las primeras en echar a volar, y luego se elevan los aplausos de los árboles.

—¡La cosa pintaba peliaguda! —ruge Alcock entre el estrépito.

Se encaran al viento. El morro se levanta y el avión reduce la marcha. Ascenso agónico sobre las copas de los árboles y los tejados. Ojo, que no se te vaya a calar. Hay que seguir subiendo. Más arriba empiezan a escorarse un poco. Despacio, muchacho. Enderézalo. Un viraje majestuoso, una preciosidad, qué equilibrio, qué dominio. Mantienen la altitud. Vuelven a escorarse, esta vez un poco más, hasta que por fin, con el viento en cola, el morro se hunde y se ponen en marcha.

Saludan con la mano al juez de salida, a los mecánicos, a los meteorólogos y a algún que otro rezagado. Emily Ehrlich, del *Evening Telegram*, y Lottie no están: hoy ma-

---

dre e hija han vuelto pronto a casa. Se han perdido el despegue. Una lástima, piensa Brown. Se da unos golpecitos en la guerrera que todavía aloja la carta.

Alcock se seca el sudor de la frente, saluda a la sombra que dibujan sobre el último trecho de tierra firme y luego se adentra en el mar a medio gas. La playa es una banda dorada. Los botes, juguetes en la bañera de un niño, se columpian en el puerto de San Juan.

Alcock coge el rudimentario teléfono y grita:

—¡Muchacho!

—¿Sí?

—Lo siento.

—¿Qué es lo que sientes?

—No te había dicho nada.

—¿Nada de qué?

Alcock sonrío y baja la vista hacia el agua. Ya llevan ocho minutos volando a trescientos metros con un viento de cola de sesenta y cinco kilómetros por hora. Viran hacia la bahía Concepción. El agua es un ondulante felpudo gris con resplandecientes remiendos de sol.

—De que no sé nadar.

Aquello deja a Brown brevemente descolocado: realizar un amerizaje, sacudir los brazos en el agua, mantenerse a flote sobre un montante de madera o tratar de agarrarse a un tanque escurridizo. ¿Acaso no había nadado para ponerse a salvo cuando lo derribaron en la bahía de Suvla? De eso hace años. No, años no. Meses apenas. A Brown se le hace raro, muy raro, que una bala le haya perforado el muslo y ahora, hoy mismo, esté llevando ese fragmento a la otra orilla del Atlántico de camino a un matrimonio, a una segunda oportunidad. Se le hace raro estar ahí, a esa altura, sobre ese gris infinito, con los motores Rolls-Royce rugiendo y manteniéndolo en el aire.